

LOS SANTOS ALTOARAGONESES

SANTAS NUNILONA Y ALODIA, VIRGENES Y MARTIRES

Por ANTONIO DURÁN GUDIOL

1 Reposadas las turbulencias políticas removidas por la invasión árabe, vencedores y vencidos llegaron a entenderse y a poder convivir pacíficamente. Aquéllos supieron y quisieron respetar el credo, la jerarquía, los sacramentos, la liturgia, la Iglesia en suma de los hispanos fieles a Cristo. Los cristianos, a su vez—se les conoce con el nombre de mozárabes—depusieron recelos y sometieron al poder constituido al son de lanzas y espadas.

Los mozárabes oscenses continuaron en la posesión, por lo menos, de un templo: San Pedro, posteriormente llamado *el Viejo*, que posiblemente había sido la sede de los obispos visigodos, hasta el mismo momento de la reconquista de la ciudad por el rey Pedro I de Aragón, en 1096¹.

No lejos de la urbe de Huesca, en un pueblecito que, con muchos visos de acierto, puede ser identificado con el actual de Barbués²,

1. Acerca de los mozárabes de Huesca, véase FEDERICO BALAGUER, *Notas documentales sobre los mozárabes oscenses*, en «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», vol. II, págs. 397-416.

2. Dos son las fuentes principales sobre la pasión de las santitas de Huesca, la islamizada: el memorial escrito por san Eulogio, según la explicación que le dió el obispo Venerio, de Santiago de Compostela, y las actas de varios breviarios de la baja edad media. Mayor crédito merece la versión de san Eulogio que la de las lecciones del oficio divino. Al parecer esta última es debida en parte a algún texto mozárabe oscense, incorrectamente interpretado, y en parte a los hagiógrafos de los siglos XIV-XVI, mereciendo por tanto más desconfianza. El P. RAMÓN DE HUESCA, *Historia de las santas vírgenes Nunilo y Alodia, naturales de la villa de Adabuesca* (Barbastro, 1850), p. 6, habla de las actas de un códice de Cardeña que él vió y data del siglo X. No he podido ver este manuscrito. Dudo, sin embargo, que difiera en nada de las lecciones de los breviarios oscenses. El memorial de san Eulogio puede verse en *Acta Sanctorum Octobris*, t. IX (París y Roma, 1869), p. 643, y *Patrologia Latina*, t. CXV, col. 774. Tres códices del Archivo de la Catedral de Huesca dan las actas de las santas: el *Breviarium Oscense sign. 13* y el *Breviarium Oscense sign. 14*, ambos del siglo XIV e idéntica narración, que es brevísima y truncada como se señalará luego. Estas mismas lecciones aparecen ampliadas en el códice *Lectio-narium sign. 19*, del siglo XV, que tampoco llega a dar una narración completa. (Cfr. ANTO-

vivían dos hermanas, hijas de matrimonio mixto, de padre mahometano y madre cristiana, llamadas Nunilona ³, la mayor, y Alodia, la pequeña, cuyas frentes, gracias a la solicitud materna, fueron lavadas en la fuente de Cristo y ungidas con el crisma de salvación.

El padre, que no debió ser ningún fanático del Corán, murió muy pronto, y la madre contrajo segundas nupcias con un señor también musulmán. Este fue intransigente en el cumplimiento de la ley musulmana que disponía que los hijos de matrimonios mixtos debían profesar obligatoriamente la secta de Mahoma, so pena de perder la vida. Prohibió a sus hijastras las prácticas cristianas, las apartó de todo contacto con los mozárabes y las obligó a seguir fielmente los usos del Islam, tales como la ablución diaria, las legales purificaciones, los viernes, los rezos al grito del almuédano en el minarete, los ayunos del Ramadán...

Nunilona y Alodia, quizá tocadas por la gracia de una sublime vocación, abandonaron el hogar materno y hallaron cobijo en casa de una tía suya por parte de madre, fidelísima cristiana, que educó eficazmente en Cristo la infancia de las santas doncellas, las cuales olvidaron por completo las prácticas paganas del padrastro y pusieron sus tiernas mentes al servicio de la religión del Crucificado.

Como lucieran las ínfulas de una ilustre prosapia, no pudo ocultarse a los ojos de la ciudad el propósito que abrigaban Nunilona y Alodia de consagrar sus vidas a Jesús por el camino de la virginidad. Y, en poco tiempo, subieron tan alto en santidad que, apenas alcanzada la flor de la adolescencia, el olor de sus virtudes era perceptible desde todos los rincones de la provincia, extrañando las gentes cómo había sido posible germinaran tales rosas de un manojito de aliagas. Las dos vírgenes, hasta el momento mismo de su prendimiento, dejaron discurrir sus vidas por los prados amenos de la oración, por las asperezas del ayuno y por las vías contemplativas que nacen en la vigilia.

Esta dedicación total a la vida de perfección, así como el nombre de vírgenes con que se las califica y el propósito que tenían de consagrarse a Cristo como esposas, indican a las claras que Nunilona y

NIO DURÁN GUDIOL, *Los manuscritos de la Catedral de Huesca*, Huesca, 1953). Finalmente las actas de santas Nunilona y Alodia fueron completadas, en época que no he podido precisar, con la minuciosa descripción del martirio tal como la da AMBROSIO DE MORALES (cfr. *Acta Sanctorum Octobris*, loc. cit., p. 644). Sobre la localidad donde nacieron las santas, cfr. más adelante nota 7.

3. El nombre popular es Nunilo. Algunos la llaman Nunila. Es preferible el que le damos de Nunilona. Se trata de un caso filológico parecido al del sustantivo *Barchino*, nominativo latinizado que pasa al romance en la forma de *Barcelona*.

Alodia eran monjas. La luz de esta idea da sentido a la vida de las santas y lógica, permítase la palabra, a la persecución que sufrieron.

Alcanzada la edad de la inteligencia, después del segundo matrimonio de su madre, Nunilona y Alodia se trasladaron a Huesca, a la casa de su tía materna. Si es que esta tía no era ella misma monja—que no sería de extrañar—, las dos hermanas sintieron en esta ciudad la llamada de Cristo a la vida de perfección e ingresaron en un monasterio de monjas, establecido posiblemente en la misma Huesca. Aquí se consagraron a Dios y cubrieron sus cabelleras con el velo de la virginidad, conforme a la regla monástica de algún padre visigodo. Monasterios los había, y no pocos, en la España musulmana, en la que florecieron maravillosamente.

Como la familia de las dos vírgenes era notable, por una parte, y como, según la ley, hubieran debido de seguir la religión de su padre, por otra, su profesión monástica debió de causar sensación en la ciudad musulmana. Curiosidad, sentida por el pueblo llano ante el pretendido *absurdo* de que chicas con porvenir se encierren en el claustro. Y, además, una *escandalosa* infracción de la ley.

Y sucedió por aquel entonces que al señor Abu-l-Mutarrif Abdarrahman II ibn al-Hakain, cuyo nombre suena complicado como una filigrana morisca, dióle por ahuyentar la única sombra que empañaba la ortodoxa diafanidad islámica de su emirato y decretó en su corazón acabar con la fidelidad a Cristo de los mozárabes.

Cuando creyera—¡qué insensatez la de jugar con fuego!—hinchar una inmensa ola de miedo que ofuscará las mentes y debilitara las voluntades, sólo consiguió encender una enorme hoguera de entusiasmo por la fe cristiana. Es más: despertó incontenibles vocaciones al martirio en las almas ensortijadas con el beso de Cristo. Incomprensible. (Bueno, a decir verdad, incomprensible, sólo para los ojos que ven turbio en las telarañas zurcidas en la hosquedad de la carne y del dinero).

Cayeron los buenos. Unos dolosamente instados a opinar sobre el profeta. Otros, al salir espontáneamente a vocear por calles y plazas la divinidad de Cristo y las falacias del Islam. En todo caso, la morisma se sentía ultrajada en sus más íntimos sentimientos religiosos y los cadíes, impelidos a signar sentencias de muerte.

El gesto del emir fue contraproducente. Y ya fuera por sentido práctico, ya gracias a la abertura de un resquicio de piedad en algún rincón de su pecho, ensayó otra táctica, la inmutable táctica del hijo de las tinieblas: dividir los mozárabes, sumiéndolos en una disputa bizantina.

—¡Los mártires no son tales mártires, sino unos locos!—hizo decir

a los más tibios, en cuya cabeza figuraba el mismo Rocafredo, obispo de Sevilla, después de reunir un concilio que desaprobaba la conducta de aquellas víctimas tocadas de tan santa *locura*.

—¡Héroes son nuestros mártires!—clamaban los enfervorecidos por el fogoso y dinámico san Eulogio.

Mientras tanto en Huesca, lejos de decrecer, aumentaban los comentarios sobre la decisión tomada por Nunilona y Alodia, las monjas cristianas, hijas de padre mahometano. No faltarían quienes creyeran que las chicas habían sido astutamente raptadas por los astutos mozárabes. Ni, a lo mejor, quien propalara la especie de haber sido ingeniosamente embobadas con malas artes.

El rumor del escándalo llegó a oídas del cadí de Huesca. ¿Cómo? San Eulogio se limita a consignar que fue el demonio quien, no dice de qué medios se valiera, le susurró lo acaecido. Otras fuentes hablan de un *propinquus*, de un pariente de las santas, como denunciante, sin especificar el grado de parentesco que le unía con aquéllas. ¿Sería el mismo padrastro, lesionado en el fiel cumplimiento de las leyes islámicas? Parece lo más seguro.

El cadí de Huesca mandó llamar a Nunilona y Alodia para que comparecieran en su presencia. Las halagó pintándoles con vivos colores una vida bella. Les auguró una prolongada felicidad. Trató de convencerlas para que accedieran a casarse con esclarecidos jóvenes, notables por la sangre y el oro. Les invitó a renunciar a la religión y a ser devueltas con todos los honores a las luces de su cuna, donde disfrutarían de incalculables riquezas.

La actitud del juez musulmán confirma la condición monástica de las dos hermanas: convencerlas de que vuelvan al hogar materno y a que contraigan matrimonio. Quizá la misma renuncia a la religión, de que habló, no deba referirse del todo a la fe, sino al monasterio. Sea lo que fuere, la virginidad tenía en aquella época un lugar exclusivo: el convento ⁴.

4. El Padre Pérez de Urbel da otra interpretación a la actitud de las santas. Dice: «Disimularon algún tiempo cuando pudieron (su condición de cristianas), hasta que en casa se habló de casamiento. Su padrastro había buscado para ellas dos jóvenes moros de los más distinguidos de la tierra. Era el momento de plantarse valientemente, y ellas no duraron en cumplir con su deber.

—Somos cristianas—dijeron—, y además de cristianas, esposas de Jesucristo.

Fueron inútiles las razones y las amenazas. Los golpes llenaban de cicatrices sus cuerpos, pero no hacían mella sus almas. Entonces el mahometano cogió a las dos muchachas y las llevó al tribunal del cadí de Huesca.

—Juez—le dijo—, aquí tienes a estas dos hijas de mi mujer que, educadas en el Islam, han sido pervertidas por los cristianos». P. JUSTO PÉREZ DE URBEL, O. S. B., *Año cristiano*, IV, 3.^a edición (Madrid, 1945), p. 166.

Una sonrisa en los rojos labios de las vírgenes respondió al cadí que no era como la por él descrita, la corona de gloria que deseaban ceñir. Y del halago pasó a la amenaza.

—Si con pertinacia—les dijo —pisoteáis mi consejo, vuestros miembros quebradizos probarán la hiel del tormento y seréis, por fin, degolladas.

Y san Eulogio pone en boca de Nunilona un bello discurso, digno de él mismo:

—Oh, señor cadí, ¿cómo pretendes apartarnos de Dios? De El precisamente que nos ha enriquecido con su gracia. Nada existe comparable a la riqueza de Cristo. Ni puede haber mayor felicidad que la que Cristo nos brinda. Por El viven los justos y los santos triunfaron de los reinos. No nos despojaremos de la fe de Cristo. En El está la vida, la vida de verdad. Fuera, la muerte. Nuestros corazones y hasta nuestros cuerpos son y serán de El, nuestro único e insustituible gozo. Tú mismo, lejos de nuestra fe, caminas hacia la perdición eterna. Unidas a El, nada puede enseñarnos la vida que tú y los tuyos vivís. Celosas de nuestra integridad, esperamos ser admitidas en su divino tálamo. Todo es humo bajo el sol: tus deslumbrantes promesas, tus amenazas rojas, nuestros cuerpos débiles, sobre los cuales tienes algún poder. Ea, estamos ya dispuestas a recibir el frío beso de la muerte. Nos abrazaremos a ella, como si fuera un querido pariente tardo en visitarnos, y nuestras frentes serán coronadas con la corona de Cristo en el cielo.

El cadí comprendió: era imposible rendir con palabras el ánimo de las esforzadas vírgenes; el problema se resolvería si se lograba ajar los lirios impolutos. Nunilona y Alodia fueron entregadas a unas mujeruelas peritas en liviandades, que se encargaron de pervertirlas. Las dos hermanas ya no volvieron a estar juntas hasta el martirio.

Día a día, tenazmente, el espíritu del mal destilaba en el paladar de las santas el veneno de la mentira, la incitación al mal, con el ácido de una larga letanía de amenazas. Pero la pútrida bebida era largamente compensada por el maná de la gracia con que el Esposo fortalecía el ánimo de las amadas.

Pasó el tiempo de la dura prueba. Las mujeruelas dijeron de sus fracasos, de la pertinaz constancia de las vírgenes al cadí. Este se constituyó en tribunal a la vista de todo el pueblo y mandó comparecieran Nunilona y Alodia. La plaza hervía el multicolor atavío de la morisma, entre regocijada y compasiva.

Las santas, a las preguntas del cadí, confesaron a Cristo y menospreciaron las mentiras del profeta. Eran reas de muerte y las lindas

cabecitas de Nunilona y Alodia, como dos rosas encarnadas, rodaron por el suelo polvoriento, al rudo golpe de alfange. Sus bucles de oro quedaron empapados en la propia sangre de las mártires.

Era un soleado 22 de octubre del año de gracia 851.

Durante unos días los mutilados cuerpos de las santas yacieron abandonados en el mismo lugar de martirio, en un charco de púrpura, y a la vista de unos soldados cuidadosísimos vigilantes, para impedir fueran recogidos por los mozárabes. Por fin los sarracenos, más deseando ocultarlos a la devoción de los fieles, que llevados de misericordia, echaron los virginales cadáveres dentro de un pozo profundo donde, a pesar de los pesares, brilló con rutilantes milagros la gloria de las mártires oscenses para consuelo de unos y confusión de otros.

2 EN EL NOMBRE DE DIOS, COMIENZA LA PASION DE LAS SANTAS NUNILONA Y Alodia, vírgenes y mártires ⁵.

Sucedió en el año 851 ⁶ en la región de España, que el príncipe de los sarracenos, Abderrahmán, mandó a sus súbditos que todo cristiano nacido de matrimonios gentiles o mixtos—que ellos según su propia lengua llamaban *mollites*—había de negar a Cristo, si quería conservar la vida.

Y he aquí que en la tierra de Huesca, junto al lugar antiquísimo llamado Barbués, a unos veinte miliarios de la ciudad ⁷, había dos

5. Este es el relato de la vida y martirio de las santas según la versión de los Breviarios oscenses sign. 13 y 14, fol. VC LXXI v. y VIII-XX et XIX v., que como queda dicho responden a una tradición mozárabe oscense mal interpretada por los cronistas medievales. Véase nota 2.

6. Se equivocaron los cronistas en la fecha. Se lee en ambos manuscritos: *Factum est in anno Incarnationis Domini nongentesimo quingentesimo primo*. El error es manifiesto. Abderrahman II reinó desde 822 a 852.

7. Dice el texto: *Accidit autem in territorio Barbutano (Barbitano) iuxta antiquissimum locum qui dicitur Castro Vigeti in villa Abosca*. De aquí la creencia de que las santas habían nacido en la villa de Adahuesca, a 41 kilómetros de la capital de la provincia y a unos 7 kilómetros de Alquézar, población que fue identificada con el *Castrum Vigetum*, donde fueron encarceladas. Todavía se muestra al visitante, en la abadía de Santa María de Alquézar, una pequeña habitación en una de las torres, que sirvió de prisión a las santas. Sospecho—y creo que con razón—que esta frase, así como buena parte de las presentes actas, fue transcrita de algún manuscrito mozárabe de Huesca. Es posible que este códice estuviera escrito en caracteres árabes. La transcripción correcta debería ser: *in oppido Barbutano circa (o citra) vigesimum milliarium ab Osca*. Así queda el texto conforme a la noticia que de lo mismo da san Eulogio: *in urbe Osca apud oppidum Barbutanum*. Y el *Barbutanum* no puede interpretarse como territorio o demarcación de Barbastro, como es evidente. Ahora bien, el único pueblo—*oppidum*—con esta raíz, distante unos veinte mil pasos de Huesca, es el de Barbués, a 21 kilómetros. El mismo P. HUESCA, op. cit., p. 33, dice que un erudito de su tiempo, cuyo nombre no cita, leyó en el Breviario del obispo Montcada: *Accidit autem in territorio Barbutano iuxta antiquissimum locum qui dicitur Castro 20 m. ab Osca*. En cuyo caso, el lugar del nacimiento de las santas podría establecerse en Torres de Barbués.

hermanas, cuyo padre, al parecer, las abandonó de pequeñas en el pueblo. La madre, que era cristiana, las educó fielmente en la misma cuna según la verdadera fe. Nunilona se llamaba la mayor y la pequeña, Alodia.

Llegadas al uso de razón, emprendieron veloz carrera por los caminos de la santidad. Eran sus habituales ocupaciones el ayuno, la vigilia y la oración. Y su único solaz festejar las grandes solemnidades de los santos.

Era aún una niña Alodia y Nunilona apenas alcanzaba los primeros años de la adolescencia, cuando murió la cristiana madre de ambas. Como nadie las recogiera, abandonadas y solas se quedaron en su propia casa. Hasta que en su indefensa soledad, según cuentan, fueron acosadas por un pariente con la intención de apartarlas de la fe católica y de adherirlas a la secta del padre, que fué mahometano.

Antiguamente, las generaciones de sarracenos, como el universo mundo, rendían culto a muchos dioses y diosas, aunque con especial devoción a la diosa Venus y a su lucífero ⁸. Hasta los alrededores del año 600 después que el Señor se subió a los cielos, en que alarmado el antiquísimo dragón por predicarse el Evangelio a todas las gentes, temeroso el miserable de perder las almas que tenía aprisionadas, se disfrazó de ángel Gabriel y presentóse a un hombre astutísimo llamado Mahomat. Este, entre otras reprobables mentiras, enseñó con la pretendida autoridad recibida del enviado de Dios, que se adorara un solo y verdadero Dios, sin par, ni semejante, ni igual, de modo que, según su mentirosa simulación, Cristo fue solamente un profeta, ni Dios, ni Hijo de Dios.

Y hasta el día de hoy la gente árabe, torpemente engañada, sigue ajena a Cristo, a la Iglesia, a su fe, y, empeñados en la antigua costumbre, cultiva el día del viernes por encima de todos los de la semana, respetando con ayunos la estrella de aquella meretriz cuyo nombre es Venus.

En su deseo, pues, de esclavizar en el error a las dos siervas de Cristo, dicho pariente acudió al procónsul del lugar llamado Calaph —a quien llaman Amirat en lengua caldea— ante el cual dolosamente las

8. Aquí acaban las lecciones I-VI del primer y segundo nocturnos, en los citados Breviarios oscenses, que fueron reducidas a tres, las del primer nocturno, en el *Lectio-narium sign. 19*, fol. 88 v., añadiendo otras tres lecciones que son las que traducimos a continuación.

acusó, como si hubiera sido el peor de los enemigos de las santitas, que hubieron de comparecer sin pérdida de tiempo ante la presencia de Calaph.

Fueron descalzas de pies y con palabra clara manifestaron su irreductible propósito de jamás renunciar a los dogmas del verdadero Señor, así las amenazaran, como si pretendieran deslumbrarlas con el oropel de terrenas promesas.

Tuvo el procónsul compasión de la tierna edad de las niñas y, sin injurias, devolviolas a su casa, donde mutuamente se exhortaban en el amor de Cristo y se fortalecían por medio de vigiliyas y oraciones.

Enardecióse el pariente por el fracaso de su acusación y, llevado por infame celo, dirigió sus pasos al rey Zumahil, a quien España había enviado a la ciudad de Huesca como prepósito y vicario. Ante éste volvió a acusarlas con vehemencia y el rey, después de haberle prestado buena atención, exigió le fueran presentadas con toda celeridad, pues pensaba poder convencerlas de la necesidad de abandonar la ley de los cristianos para que pudieran mejor disfrutar de los bienes de esta vida temporal.

La palabra del rey fue tersa y suave como la seda y bordada de indecibles promesas. Pero ellas, sonrientes, seguras, valientes, no consintieron a los propósitos de Zumahil, el cual las encerró en lóbrega cárcel, para seguir tentándolas con promesas y también con terrores ⁹.

3 Este fue el inicio del calvario de las inocentes Nunilona y Alodia, esposas de Cristo, un calvario de cuarenta días, al fin de los cuales alcanzarían dichosamente la corona del martirio ¹⁰.

Encerradas en distintas habitaciones, recibían a menudo la visita de algún enviado del rey Zumahil para asegurar a cada una que la otra, con más cabeza, había ya consentido y abrazado la secta de Mahomat. Ellas, sobre no creer en la defección de la alejada, manifestaban una y otra vez estar dispuestas al martirio solas o en compañía. Así, de esta forma las afligieron, tratando de socavar la constancia de las dos vírgenes, durante treinta y ocho larguísimos días.

Y he aquí que la segunda noche antes del martirio, la hija de

9. El *Lectionarium sign. 19* termina aquí la lección histórica de las santas.

10. Esta detallada narración de la pasión de las santas no se encuentra en los *Breviarios oscenses antiguos*. Pueden verse en *Acta Sanctorum Octobris*, loc. cit., p. 644, y P. HUESCA, op. cit., p. 9.

Zumahil sorprendió a la pequeña Alodia puesta de rodillas, en fervorosa oración, y toda rodeada de una luz maravillosa. Fue a contárselo a su padre, pero éste, obstinado en el error, le dijo:

—Déjala. Habla con el demonio que la tiene engañada.

La víspera misma de la inmolación Alodia suplicó la compañía de su hermana, a lo que accedió Zumahil, convencido de que estaba perdiendo el tiempo. Así Nunilona y Alodia pudieron fundirse en un fuerte abrazo y besarse entre lágrimas de alegría.

—Hermana mía—preguntó Nunilona entre mimos a Alodia—¿sigues firme en la fe?

—Sí, hasta el fin quiero ser fiel a Jesús Cristo, nuestro Esposo—respondió la pequeña y propuso pasar en oración y ayuno todo el tiempo de vida que les restara.

Todo estaba a punto. La legalidad de la sentencia, el alfange del verdugo, la curiosidad de la morisma, la constancia de Nunilona y Alodia... El rey mandó al lictor:

—Hiere con la espada y amputa las cabezas de las dos jóvenes llamadas Nunilona y Alodia.

Y por tres veces se repitió el siguiente diálogo entre Zumahil y el verdugo:

—¿He de herir?—preguntaba éste.

—¡Hiere!—mandaba aquél.

Y ordenó luego el verdugo:

—¡Nunilona, extiende la cerviz!

Esta, mientras componía su bella melena a fin de que sus cabellos no estorbaran la acción del lictor, se dirigió a su hermana:

—Mira, hermana, que no hagas otra cosa fuera de lo que yo haré—y terminó de atarse el pelo sobre la cabeza—. Y ofreció su garganta al verdugo, diciendo:

—Hiere con presteza, amigo.

Este levantó en alto el alfange con sus musculosos brazos y lo dejó caer sobre Nunilona. Pero no estuvo acertado y no dió en la cerviz, como debía, sino en la mandíbula de la santa, cuya cabeza no fue completamente amputada, sino colgante sin vida sobre su pecho.

Al caer el cuerpo, quedaron un poco al descubierto las piernas de la virgen, pero fueron al instante cubiertas pudorosamente por Alodia con el propio vestido de su hermana. Y se admiraron mucho los hombres allí reunidos por el gesto de la pequeña virgen.

Ya se disponía el sayón a repetir su trabajo en Alodia, cuando mandóle el inicuo rey:

—¡Espera ahora y no hieras!

Y dirigiéndose a la santa Alodia, dijo:

—¿Qué te aprovechará morir, pequeña? Hazme caso y podrás vivir con muchos honores en medio de nosotros.

—¡No os he de hacer caso!— respondió ella—. Y date prisa, no sea que mi hermana no me aguarde y tenga que marchar sola.

Miró hacia el cielo y como viera a Nunilona en forma de una paloma blanca, rodeada de multitud de ángeles, gritó:

—¡Espérame, hermana, espérame un poco!

Luego ató sus vestiduras con una cinta cerca de los pies para que no le sucediera como a Nunilona, y, limpiándose el rostro con sus cabellos, se arrodilló muy junto al cadáver de la hermana. Ahora sí acertó el verdugo y de un solo golpe Alodia fue decapitada.

Las vencedoras mártires consumaron en paz el martirio el mismo día y a la misma hora, el jueves duodécimo de las calendas de noviembre. Por nuestro Señor Jesús Cristo que, con el Padre y el Santo Espíritu, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

4 Consumado el martirio, los cadáveres de Nunilona y Alodia fueron abandonados por los verdugos en el mismo lugar en que cayeron, con la esperanza de que fueran pronto devorados por las bestias. Pero Dios no permitió tamaña profanación y los animales no osaron ni tan siquiera lamer la sangre derramada por las dos vírgenes. Indignados los sarracenos, decidieron trasladarlos a otro lugar y, atados con una soga por los pies, los cuerpos santos fueron arrastrados por las calles de Huesca hasta el lugar llamado de las Horcas, que está a un tiro de ballesta de la ciudad, donde, conforme a la costumbre, eran expuestos los ajusticiados ¹¹.

Dispuso, empero, el Señor que dos buitres cuidaran de defenderlos en su nuevo abandono hasta que los cristianos, obtenida licencia, los sepultaron allí mismo. Y todas las noches descendía sobre el sepulcro una inefable luz venida de lo alto, fehaciente testimonio de cómo el Señor honraba la memoria de las jovencitas mártires. Y es de advertir que este milagro fue comprobado así por los mozárabes como por los sarracenos.

11. Este lugar es el actualmente llamado Tozal de las Mártires. Cfr. P. HUESCA, op. cit., p. 13.

Enteróse Zumahil de tan maravilloso prodigio y no pudiéndolo tolerar, hizo que los sagrados despojos fueran arrojados a un pozo y cubiertos con gran cantidad de piedras y tierra. Esto se verificó en secreto porque se intentaba borrar toda memoria de las santas. La Providencia, sin embargo, siguió manifestando con la aparición de la luz en este nuevo lugar la victoria de Nunilona y Alodia, por cuya intercesión obráronse muchos milagros para bien de fieles y paganos ¹².

Y sucedió en la Cuaresma del año 842 que la reina Iñiga, esposa de Iñigo Arista, rey de Navarra, se retiró al monasterio de Leire para dedicarse a la oración. Tuvo allí ocasión de leer la narración del martirio que las dos santitas acababan de padecer en Huesca y supo de los milagros que Dios obraba por la influencia de tales abogadas. Y encendió su corazón el deseo de redimir las sagradas reliquias. A este fin habló con el abad Fortuño, señor y padre de dicho monasterio. También ahora manifestóse la mano de Dios.

Vivía cerca del cenobio un buen varón llamado Auriato, cristiano muy devoto, que, mientras dormía, una noche oyó una voz:

—Auriato—díjole—, ve corriendo a Huesca, donde encontrarás en una hoya escondidos los cuerpos de santas Nunilona y Alodia.

El bueno de Auriato, a la mañana siguiente, contó al abad Fortuño cuanto le había acontecido. Y el abad, a su vez, lo confió todo a la reina Iñiga. Los tres entendieron que tal era la voluntad de Dios y acordaron disfrazar a Auriato de mercader para que, con un buen

12. Según la tradición de Huesca, las santas sufrieron martirio en la actual plaza de San Pedro el Viejo. Después de estar abandonadas en el Tozal de las Mártires durante unos días, fueron sus restos trasladados a un pozo sito en la calle de la abadía de San Pedro, donde estuvieron durante dos años. En el Tozal de las Mártires ha habido siempre una ermita dedicada a las santas oscenses, actualmente de poca importancia artística y cubierta casi la memoria de las vírgenes por el velo del olvido. El pozo estaba empotrado en la pared de una casa particular, dignificado con una pequeña capilla con reja a la calle y un lienzo de las santas, debido a la munificencia del Ayuntamiento que mandó renovar el conjunto en el año 1603, grabando al pie de las imágenes esta curiosa octava:

«Este lugar con sangre está bañado
de Nunilo y Alodia, estas dos santas
hermanas vírgenes, que han dado
alegres al martirio sus gargantas.
Y haciendo Zumahil, adelantado
del rey Abderrahman, crueldades tantas,
de su patria, la villa de Adahuesca,
vinieron a morir por Cristo en Huesca».

En 1791 el meticoloso doctoral de la Catedral don Vicente Novella, hizo esculpir en el frontispicio esta inscripción: *En este pozo estuvieron los gloriosos cuerpos de las santas Nunilo y Alodia.* Cfr. P. HUESCA, op. cit., p. 21.

bagaje de mercancías y acompañado por criados expertos, fuera a Huesca, donde debería establecer contacto con los mozárabes, de los cuales sabría la manera mejor de rescatar las sagradas reliquias.

Llegado que hubo a su destino, Auriato despachaba sus géneros en la plaza pública durante el día y en la oscuridad del secreto trataba con los cristianos oscenses el delicado negocio. Tras bien informarse y después de pedir insistentemente la ayuda de Dios y de las santas, una noche fue a excavar el pozo que escondía las anheladas reliquias.

Y he aquí que no bien hubo dado los primeros golpes de azadón, percibió un agradabilísimo olor, clara manifestación de haber acertado y de que Dios favorecía sus propósitos. Trabajó todo lo briosamente que cabe suponer después de la maravilla obrada por la intercesión de las santas y el Señor premió su buena voluntad otorgándole el hallazgo del preciado galardón: los sagrados cadáveres íntegros, frescos, incorruptos.

Dadas las gracias a Dios y manifestado su agradecimiento a los mozárabes, sin más dilación emprendió el camino de Navarra, de vuelta a Leire, donde llegó el 18 de abril del 842, siéndole dispensado un magnífico recibimiento por los reyes acompañados por la corte, la comunidad monástica, el obispo de Pamplona Quillesindo y todo el pueblo.

Desde entonces allí reposan para consuelo de los mortales las sagradas reliquias de santas Nunilona y Alodia, vírgenes y mártires, prenda de intercesión ante Nuestro Señor Jesús Cristo que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén ¹³.

13. También la ciudad de Bolonia reivindica para sí la posesión de los cuerpos de las santas. Otra leyenda explica que Vencio, obispo de Zaragoza, cuando huyó de su sede, se llevó muchas reliquias, entre las cuales la cabeza de santa Nunilona y la espalda de santa Alodia, que depositó en el monasterio de San Pedro de Taberna.